

# La Traición de John Lennon

daniel bernardo grimberg



Image not found.

# Capítulo 1

La Traición de John Lennon (por Daniel Bernardo Grimberg)

## I

Me llamó Oscar Sylveira, y Perico Clasata me había designado para una importantísima función dentro de la Iglesia que escalaba a lo universal, y cuyo nirvana era ni más ni menos que la música, que conducía a los hombres hacia los jardines íntimos del planeta, con el superior designio de relacionarlos con sus fragancias llenas de dulzura.

Entendíamos tal cosa como irreversible, y a esa definición la empleábamos con el más amplio criterio; estábamos felices por no disponer de ejércitos ni de sistemas jurídicos que reprodujeran en forma semántica a los cañoneos pasmosos.

Aplicábamos al método más antiguo y moderno para hallar al goce, es decir: la música, que con sus entrañables acordes nos organizaba la vida, a la par de equilibrar nuestros espíritus con comedidas rondas de exaltaciones y deleites.

No apelábamos a cualquier música, sino a la compuesta por los cuatro fantásticos de Liverpool: los Beatles, aquellos que rompieron los moldes consuetudinarios, y con sus misericordiosas melodías (ustedes lo saben) hicieron temblar a la Antigua Civilización.

Ellos tornearon los ideales que nos alejaban de las situaciones ambiguas. Durante ordenadas guardias nos relatábamos las imparables experiencias que tuvimos a partir de las canciones de los Beatles, y declarábamos con emoción que ya no éramos moribundos. \*

\*[Aunque no tuviéramos habitaciones ni moradas, nuestra búsqueda abarcaba mucho más que cuatro paredes tradicionales, estrechas puertas con cerradura y techos que cíclicamente eran amartillados por la lluvia, o utilizados por los pájaros como pistas de aterrizaje]

Las canciones que entonábamos no tenían significados exclusivamente festivos, ya que incluían citas filosóficas notables. Con éstas pasábamos del sufrir al entretenimiento, y nos apretábamos en una gran amistad con la idea de sentirnos herméticamente realistas a la vez de ser ensoñadores

metafísicos. Habíamos dilucidado las ecuaciones divinas aceptando al desafío sonoro.

Cada día, esperábamos hasta la noche, con el objeto de saludarnos en el departamento del piso diecisiete de Soledad Campos, y escuchar a los Beatles con los mecanismos de fruición de nuestros corazones puestos a punto. Desde esos altos, disponíamos de una vista previa de la ciudad, aunque en general nos encerrábamos detrás de las persianas bajas con la finalidad de mascullar algunas de las fabulosas síntesis que se nos ocurrían.

La naturaleza de ese asunto tenía larga data, ya que, en sus hogares cada uno había hecho santuarios Beatles en los que abundaban como el agua las imágenes de los cuatro ídolos en los itinerarios que habían hecho alrededor del planeta. A esa veneración la efectuábamos sin displicencias, ya que habíamos consolidado infalibles sentimientos en nuestros corazones.

Actuábamos en ese diferenciado sustrato porque no soportábamos vivir sometidos a las mediocridades adoptadas por el vulgo, o consentir con los falaces enunciados hechos por los dirigentes de la sociedad enferma, que con sus azucaradas mentiras asaltaban a los que caminaban desprevenidos (les hacían creer que poseían un pasado irreal y un beneficio futuro, junto a opciones más encumbradas que la dignidad que nos ofrecía John). Estábamos hartos de las malicias, de los caballos de Troya, y de los inescrupulosos mandatos sociales cuyos atosigantes artículos, al final, se volcaban a la punición.

Nos afianzábamos, semana tras semana en la música de los Beatles, que nunca nos introdujeron a las desdichadas trabas de la sociedad ni alabaron al descarnado materialismo.

Valentina Fozantti tenía las paredes de su vivienda empapeladas con cubiertas de los discos de esos grandes del Rock and Roll, e incluso los ubicuos ceniceros traslucían fotos suyas. Los nombres de John, Paul, George, y Ringo, se clavaban en nuestras lenguas durante las hondas pausas de las músicas, y en las breves y encendidas conmociones que sentíamos en forma rutinaria.

Las historias de los cuatro eran majestuosamente recreadas en enormes libros que atiborraban cada centímetro de las repisas, y los mostraban indiscutibles y mundiales. A ellos les dedicábamos cientos de brindis durante flujos de homenajes en los que nos regocijábamos, ya que, ante todo, habían imaginado a la nueva realidad, y nos predisponíamos a sus prodigios con una visión que sobresalía de las estrecheces que nos rodeaban.

Nos sentíamos diferentes de nuestros congéneres ya que no teníamos prisas por morir ni matar.

Con Perico Clasata, nuestro líder, entendíamos que cualquier cosa ajena a los Beatles, entraba dentro de las clasificaciones del Mundo, y que, de este, debíamos mantenernos apartados y evitar cualquier esfuerzo de integración. Al sentir una admiración muy profunda hacía "los hijos de Liverpool", nos habíamos liberado de las absurdas pretensiones que agobiaban a nuestros contemporáneos, quienes sin saberlo se encaminaban al dislate.

Estos, de manera crónica, vivían a sus vidas repitiendo acciones inconexas, por lo que los llamábamos Perros. Y nos habíamos comprometido a nunca doblar nuestras rodillas frente a sus demandas, ni dejarnos atrapar por sus dialécticas.

Nuestra autonomía no era un cuento, sino un plan que convocaba, antes que nada, a hacer la revolución en la mente. Asumíamos con humildad al rol de ignorantes con el propósito de capturar con las manos abiertas a las completas porciones de sabidurías que se desprendían de las paredes.

Y no conjeturábamos nada malo, apenas despreciábamos a quienes pretendían invalidar nuestra recién adquirida libertad como los consumados sofistas que eran.

Habíamos establecido un humanismo real, y no nos resentíamos por la fuerte resistencia de las viejas Instituciones que nos veían como una larga noche de pesadillas (inos regocijábamos por eso!).

No nos entendían, aunque hacían trabajos de índoles matemáticas y astronómicas con el propósito de descubrir en qué consistía nuestra curiosa barbarie. En el azulado planeta habíamos creado una fisura, y algo más: la elevación de una unidad moral que se oponía a las pestilentes manías de los Perros.

## II

Todo comenzó cuando Perico Clasata confesó lo que a los Perros les pareció una locura: escuchaba mensajes de John Lennon que convocaba a organizar una eufórica rebelión en contra de los poderes del Mundo, y con su voz espiritual le dictaba una serie de vocablos apodícticos de su indiscutible autoría.

Hasta altas horas de la madrugada mantenían amables conversaciones en las que él le entregaba sus dictámenes proféticos.

Perico recibía esas solemnes fórmulas con la finalidad de que las incontrovertibles certezas no fueran diluidas por los Perros charlatanes. La

amistosa intención de J.L no consistía en traducir la realidad, sino enmendarla, poner el hombre al día con lo que sin su ayuda resultaría ilegible.

Sus mensajes se filtraban por debajo de la puerta de la habitación de Perico como trascendentales frases que debían ser desplegadas al público a través de un reglado procedimiento. Hacían referencias expresas a cosas que nunca habían sido inferidas y escapaban de la sucia conformidad frente a lo que se pretendía como real, pero apenas eran las monstruosidades armadas por los Perros. Usualmente, Perico navegaba por mares terribles a causa de su vínculo con John. Existía mucha hostilidad hacia ese genio que proclamaba a viva voz lo que para los Perros era burdo y debía ser acallado (temían a sus gráficas descripciones, y se burlaban del noble estatus de maestro que esgrimía pese a todo).

No pocas veces nuestro líder era franqueado por intrusos que los acribillaban con sus repelentes investigaciones. Y en los brutales epílogos protestaban que la Iglesia de los Beatles no reunía suficientes características de lucidez; acto seguido, lanzaban aturcidas maldiciones a voz pelada. Los Perros detestaban la difusión de cosmologías que se ordenaban siguiendo a las graduaciones melódicas, porque eso equivalía a señalar sus errores y lo cavernario de sus preceptos.

Sin cesar, calificaban como desvaídos a los atributos de Perico Clasata, al que caratulaban como el "peligroso mediador de un proyecto displicente". Era claro que lo reprobaban por su apasionado carácter e intenciones honestas. Pero J. L estaba cerca nuestro y por encima del Mundo, y su bienaventuranza consistía en proveer al líder de su Iglesia con decisivas agallas, ya que estaba seguro que nunca se adheriría a lógicas mercantiles ni a aquello a que se apegaban los que ignoraban sus manifiestos.

A menudo, John clavaba su mirada en bellos objetos filosóficos con el fin de analizar las vicisitudes de los Perros que sincretizaban al fracaso, al desarraigo, y al mal. Otras veces, hacía de ellos escuetas e indirectas menciones... pero en espectrales ocasiones, sus estudios se llenaban con una impresionante furia que denostaba que los Perros se creyesen los que fundaron la historia. Asimismo, le aseguraba a Perico Clasata, que el culto se esparciría con esplendidez si se cantaban sus himnos al tope de los pulmones, porque esa era el pan sideral con que nutría al hombre.

Perico había sido sucesivamente confirmado por John, pese a los epítetos peyorativos volcados por los Perros que, en las noches de concierto, rugían a causa de la envidia que le tenían. A partir del denuedo de ese hombre, ninguno de los adeptos de John pasaría por la cruel vía de negación del mutismo, ni utilizaría vocablos que sin autenticidad habían usado los Perros, y en apariencia daban legibilidad a lo que sólo eran

pesadas concentraciones de sombras.

J.L. impartía un discurso optimista acerca de la mortalidad, a la que había logrado captar inmejorablemente cuando su voz brotó en lejanías milagrosas que jamás se embrollaban con lo que había sido parcelado. A partir de los raudales de severas experiencias auditivas que recibía a menudo, Perico redoblaba las agitaciones en sus rasgos y hablaba de su servicio hacia John. Su mente absorbía como una esponja a lecciones que rebasaban a los callejones por los que se conducía la razón, y lo sujetaban a un total aislamiento que lo llevaban a hacer anotaciones terminales en sus libretas.

Luego recorría con su guitarra diferentes ciudades: se adentraba en asombrosos referentes geográficos con el propósito de narrar los aspectos más dramáticos de la personalidad amorosa de J.L. Con una diagramada dedicación efectuaba festivales que servían para que el Mensaje ganase terreno. Y evitaba las controversias con los Perros que se yuxtaponían irrespetuosamente con los simples, que relajados fumábamos un porrito en los espacios contiguos. Éramos los que reconocíamos a J.L. como quién había bifurcado la historia del mito. Ya que, con su muerte, el Beatle se transfiguró en el arquetipo anhelado que sin cesar aconsejaba que se indague en lo invisible, y con una inenarrable inteligencia describía aquello que ni siquiera se esperaba que existiese. Era vital su predilección en desmoronar las increíbles contradicciones forjadas por los Perros. Y frente al público repleto de ansiedad, Perico componía una serena constatación de las diferencias que había entre su Iglesia y el Mundo que era sinónimo de penurias (entre las taciturnas ambiciones de John, estaba la de dar contundentes mazazos a los viejos y hegemónicos saberes).

En privadas ocasiones Perico Clasata se refería a algún tramo de su oscuro martirio, como cuando los Perros le explicaron que no veían factibilidad en los testimonios aportados por John, y establecieron vastas demarcaciones lunáticas a sus insignes aspiraciones. Y él sufría porque era una criatura mansa, y con necesidad, los Perros (que a veces se disfrazaban de empresarios y operadores técnicos), hacían uso de lenguajes provocadores. Eso lo ponía entre presente y ausente, y dotaba a sus reuniones con J. L. con una viscosa melancolía. ¿Cómo podía hablar abiertamente de John, quien frecuentemente era asaltado con la idea de silenciarlo en forma definitiva?

Sus enormes esfuerzos proselitistas hacia que pensara en el día de su muerte (hacia una grave apología del Sacrificio mientras arrastraba a su voz por el suelo). Y recién cuando recuperaba la tranquilidad, procuraba que los símbolos de John no permanecieran velados al público debido a los enfurecidos Perros. Más tarde, reiteraba que como estos nunca lo pudieron ver, ansiaban que cayera en la trampa que hábilmente habían instalado. Lo odiaban a causa de aquel a quien representaba, y le hacían cotejos innecesarios y ociosos, con el propósito de irritarlo y hacerle sentir

que un insecto estaba escarbando su mente.

Debido a eso, el profeta rogaba a John que eche los Perros a los mares. Ya que no tenía sentido ser hospitalario y hasta amistoso, cuando no querían recibir esclarecimientos, sino prolongar hasta el cansancio a las férreas líneas de sus aberraciones. Felizmente, el gran cantante británico jamás exploró semejante posibilidad, pero permitió que esas graves inquietudes forjaran el alma de su mensajero. Y al final de una larga jornada, le respondió que el sol debía seguir brillando para todos... y nunca nadie se había atrevido a violar esa cláusula fundacional del universo. Pese a que los Perros rechazaban al verdadero juicio, conservaban el generalizado derecho de respirar los aires.

Fue durante los iniciales diálogos que John le había pedido a Perico que creara una Iglesia que se distanciara de las antiguas. Esta contaría a su historia particular desde las estupendas letras de sus melodías que aún no había sido descifradas. Había que escalar enganches, señuelos, y persuasiones, que complementarían al pletórico deseo de que jamás se deteriorara la capacidad de soñar.

John, que veía al mundo con una generosidad muy amplia, se había despojado de lo incomunicable, y le pidió a Perico que enseñase a un nivel teológico las canciones que había compuesto, y le añadió como su más imperiosa estrategia que desaliente a los Perros remisos. El cantante utilizaría como ininterrumpido método el advertir a las muchedumbres que, en la edad naciente, las arrogancias de los Perros serían reducidas a menudencias.

John le volcaría nuevos e insustituibles Mensajes, en respuesta a los angustiantes pedidos que recibía de la gente que permanecía en el prosaico planeta en el que para andar era requerido tener dos piernas, y por doquier se veían alzadas pilas de ladrillos (lo que implicaba que en cercanías había obras en construcción).

El músico escogido por J.L. dejaría atrás a su pasado en el que tantas veces había conocido la humillación, y en el que nunca fue realizado a pesar de su extraordinario talento. Pero debía tener cuidado, ya que, si lo atraparan las predominantes elucubraciones del Mundo, se convertiría en el peor de los Perros, y eso iría a contrapelo de su consagración a los capítulos secretos de la música y la sagrada misión de acabar con el silencio. Por suerte siempre contaría con la protección de John.

### III

Fueron Pichón y Soledad, quienes después de tomar con muchísima seriedad a las proclamas de Perico, se dispusieron a organizar al nuevo orden (asunto que no creían que sería difícil de alcanzar si se ponían bajo el paraguas protector de J.L.). Pichón se enfocó en denunciar la corrupción

de los Perros, a sus disparatadas concepciones de la normalidad, y a los laberintos en los que amarraban a aquellos que de la pócima de la ignorancia pasaban al delirio. Y con Soledad, se sumergió durante húmedas tardes a estudiar las estatutarias enseñanzas que fueron pronunciadas por el Beatle que se transportó a la eternidad. Poco a poco, inéditos arreglos de su música se fueron fijando en su mente, y aprendió primorosas alegorías que para los Perros eran jugarretas irremediables o distracciones macabras.

Sus escudriñamientos pronto incluyeron a los mensajes que rápidamente garabateaba Perico Clasata y se fueron constituyendo el cuerpo doctrinario de la iglesia.

Soledad Campos y Pichón Salvatore se abocaron a ese trabajo con devoción, pero también un tanto constreñidos, ya que se preguntaban con sinceridad y sensaciones de desconcierto, si los mensajes de John podían ser captados en las lenguas actuales. A eso, finalmente, le dieron una respuesta positiva, ya que, al hombre común, de carne y hueso, se dirigían las palabras de John, quien enérgicamente y con asiduidad se las revelaba a Perico.

Tal fue el furor con que lo secundaron, que Pichón y Soledad parecían soldados, asistentes militares, o miembros del gabinete de guerra de J.L. Esos dos se contaron entre los apóstoles que modularon con candor y entusiasmo una religión que los Perros consideraban caótica, y de la que esperaban que pronto entrase en decadencia.

Pichón y Soledad habían dejado de lado a las ventajosas circunstancialidades que presentaban sus vidas, para colocar los cimientos de la Iglesia de John. Y reiteraban que en una dramática hora los hijos de los Perros se levantarían contra sus padres, y los integrantes de la Iglesia de los Beatles los conducirían a las palabras de John.

Me uní en la predicación de esas admirables doctrinas que, a diferencia de cualquier cuento estándar de los Perros, no estaban construidas por largas narraciones, sino con concatenaciones melódicas. A menudo invitábamos a la gente (la que no armaba bataholas), a dejarse llevar por las armonías sonoras. Le explicábamos que las componendas religiosas tradicionales eran siniestras, y que tan pronto lograsen desprenderse de las tumbas megalíticas de la historia, dejarían de darle a la vida un mancillado sentido. Las religiones habían sido creaciones circulares de los Perros, y abolirlas era similar a terminar con el odio y las relaciones sádicas.

La música educaría al hombre sin necesidad de llevar a cabo redundantes emprendimientos, pero la incomodada sociedad nos miraba como aspirantes al apocalipsis o víctimas de un panteísmo moderno. Aquellos que habían sido dominados por los Perros, tomaban al silencio como una amistosa proclividad, o bien decidían (después de enlazarse a enigmáticos

consensos) que jamás se arriesgarían a la música. Para ellos éramos el engaño más reciente, y nos relacionaban con estridentes ramificaciones de lunáticos. Perico no mostró una pizca de ingenuidad cuando afirmó que los Perros aplicaban tretas sistemáticas para destruirnos.

En este punto debo confesar, que el hábito de inquirir demasiado a menudo me creaba convicciones escépticas, o bien mi tenaz ensoberbecimiento me hacía tratar con despiadada desconfianza a aquello que no era loable cuestionar. Me costaba adaptarme a las geometrías puras, aunque me consolaba pensando que mi pasada condición de Perro, me predisponía a dar vueltas en vez de seguir un trayecto recto. Contrarresté a esas tendencias personales repitiéndome que tenían su origen en las falencias que habían sido puestas en mi mente por la sociedad.

Igualmente, me sentía frágil si no discrepaba, o no dudaba expeditamente de aquello que, debido a mi impericia, se me antojaba alocado o peregrino. En cierta forma intuía que los Perros (que habían hecho las agrimensuras de cada sector de mi alma) no me dejaban adaptarme a otro modelo.

Había sido la bella y sonriente Soledad Campos, quién provocó en mi al venerable estupor de los que procuran comprender.

- "Los espejos no unen los espacios, sólo los puentes lo hacen", me había dicho como una convincente imagen que sustituiría con un soplo a mis pueriles controversias. Ella se me acercaba, me reñía con dulzura, y me pedía que descartase al sujeto egoísta que habitaba en mi naturaleza. Gracias a Soledad, me propuse ver aquello, que, para muchos, era intolerable que fuera visto.

Pronto, desee involucrarme, participar directamente, y trabajar con la esperanza de acceder a la plenitud sonora del cosmos.

Según Perico Clasata, J.L: me tenía una gran simpatía y cariño, por lo que me había puesto por encima de otros personajes que hacían cola para ingresar a lo hermoso, maravilloso, y auténtico, de su Iglesia. Una a una se iban derrumbando mis objeciones, porque ya no quería ser gobernado por la casualidad, sino por una sobrenatural potestad que me permitiría ver a lo infinito sin claudicaciones.

Soledad me preguntó si me consideraba una buena persona, si entendía a fondo de que se trataba el asunto, y si estaba preparado para ascender a pie por el monte. Le respondí que sí, y razoné en las derivaciones de ese monosílabo: básicamente dejaría de ser un Perro y me desembarazaría de mis manías rotundas.

Me sentí señalado por las coloridas luces dicróicas, y me comprometí a superarme. En el ambiente se fermentaba un plácido jolgorio que se combinaba con los austeros términos de una conversión. Me estaba por agregar a una propuesta universal (pero selectiva) que se orientaba a suprimir las perniciosas normas de los Perros.

- "El mundo propone obsesiones, nosotros a la música de John", esa fue la sentencia que Soledad me había declarado como el palmario principio de la Primera Iglesia de los Beatles. "Y si ellos afirman que la preeminencia la tiene al pensamiento, nosotros aseguramos que la dignidad máxima se encuentra en los sueños, ya que estos propician las condiciones del pensar". Según Soledad, los sueños implantaban un nuevo y rozagante reino, más descarnado y provocativo que el "reino de los cielos".

Así fue como me fui desprogramando de mis desdichas, aunque de tanto en tanto, una especie de pudor (en el que se condensaban las adversas incertidumbres del pasado) hacía que me mantuviera a distancia. ¿Era posible que las indisciplinas muy arraigadas en mí, me obligaran a combatir malsanamente a mi recién adquirida fe? De cualquier forma, enseguida me fue explicado que, de ahí en más, invertiría a la relación que había tenido con los Perros, y ya nadie me desvincularía de mi esencia. Sólo tenía que permitir que la evolución que se produciría en mi alma se correspondiera con los intereses de John.

Esto implicaba que tenía que seguir las mismas y equilibradas notas (sin efectuar deformaciones estúpidas) de Perico Clasata., cuya validación consistía en que a diario se exponía frente a improvisados Perros que de pronto salían de las sombras. En este fundamental personaje se debatía el hado de la humanidad; era el iluminado que manejaba a los factores sobrenaturales de la música con la rebelde potencia de su voz. A través de Perico, John nos proporcionaba los significados que estaban ocultos a los demás.

Pese a estimar cómo ciertas a las palabras de Soledad, por momentos las juzgué excesivas. Tal vez no había reunido al rigor necesario, o aún no había abandonado los maliciosos hábitos que por años me gestionó el Mundo. Fue debido a esos enrarecimientos en mi personalidad, que irrumpí con una torpe expresión que demostró mi ignorancia, y por la cual Soledad me dijo, después, que había sido lo último que había estado dispuesta a tolerar de mí, y que con eso estuve a punto de convencerla de no completar en mí, a las narraciones del extraordinario proyecto de vida que ofrecía John. ¿Fue esa discontinuidad, una apetencia de facto por mantener mi condición de Perro, o sólo se trató de una tempestuosa muestra de mi pesimismo?

No había querido oponerme al unánime consenso, pero permití que la ironía fuera el destino de mi voz, y le pregunté a Soledad, con una

naturalidad que nunca había ensayado: -

-“Quién pude decir lo que es la noche o el día, o si algo es un presagio o la quisquillosa verdad, y quien es Perico Clasata para decidir que posee la inapelable potestad de recibir mensajes de J.L. y ser el depositario de sus increíbles raides y aventuras?”. No fue lo que pretendí, pero desdibujé mi fidelidad a ese hombre por no separarme a tiempo de antiguos prejuicios.

Soledad me miró de arriba abajo, y me respondió que mis palabras eran la típica manera de esconderse y engañarse. Las notas que recibía Perico eran destiladas recomendaciones de John, y eso no lo podían notar quienes habían sido adiestrados por los Perros. Debía recuperar mi honradez y reconocer mi deuda con aquel que había sido designado por John. Ese imposible argumento mío había hecho vacilar a la opinión positiva que tenía acerca de mis aptitudes, pero si le aseguraba que, si no me colocaba más dentro de los cepos intelectuales del Mundo, consideraría a ese interrogante como meramente inoportuno. Ante mi conformidad, los rasgos de Soledad recobraron su habitual tersura y belleza. Únicamente me ordenó que no profiriera más ridiculeces.

#### IV

Ella me había introducido en la corte de Perico Clasata, hombre peludo y corpulento, de intensa mirada, y quién expresó:

-“Nadie nos robará al futuro, ni nos amenazará con el tedio de leer en forma incesante”, ya que entendía que los libros de los Perros, eran objetos inmundos, y sólo la música desencadenaba valientes reflexiones sin que la degeneración se hiciera incontrolable.

En una ocasión abrió un libro que llevaba apretado bajo una de sus axilas, y no se vieron apiladas páginas con signos impresos, sino a las suaves astillas de las hojas que había serruchado, y en forma preventiva dispersó por los aires, aleccionándonos (de paso) con lo apremiante de sus razonamientos. Solía tomarse el trabajo de destruir un buen número de libros como una de sus fecundas tareas en contra de los Perros. Aquel libro que destruyó, había amparado debajo de su impassible cubierta a horribles ideas que habían influenciado para mal a sucesivas generaciones.

Esa era una instrucción que yo no debía olvidar, junto a la terrible admonición de que las más activas diligencias del Mundo serán llevadas a cabo con el propósito de acabar con la Iglesia de J.L. Por lo que debía estar alerta y romper los libros que caían en mis manos, que eran los eslabones con que nos ensartaban en sus locuras.

Sintiéndose algo nauseoso, y después de comprobar que sus manos no estaban manchadas con sospechosos rastros de sangre, Perico Clasata me

aseguró que había reunido una enorme cantidad de pruebas acerca de trabajos literarios que eran inútiles y desesperanzadores. Muchos de estos habían sido confeccionados por malignos personajes que querían atraparlo porque le atribuían "maestría en su conexión con moldes ficticios", o lo consideraban "el guardián de una extraña heterodoxia", o "el cínico adalid de un movimiento pérfido". Además, se reunían con el irracional deseo de divertirse a su costa, se burlaban de sus "labores esotéricas", y le exigían que dejara de lado las "truculentas versiones dictadas por John", y retornara al silencio que era una inestimable cualidad.

Desmedrados y con voces rípidas, lo instigaban a que no asumiera más compromisos frente a John, porque "ese misticismo no empuñaba nada bueno". Constantemente, lo etiquetaban como un miserable, un ocioso, o bien lo sindicaban como un atrevido manipulador que ensuciaba "los tradicionales valores de la sociedad. Y en muchas Casas de Oración pedían que" un terremoto quite al suelo de sus pies, y desde las esferas celestiales se lo supliera con desgracias".

Perico Clasata nos daba suficientes testimonios de las amenazas que le dirigían, con el fin de que entendiéramos que era un sujeto vulnerable, y que había sido perseguido y desautorizado de tal manera, que hasta "le habían ofrecido un pasaje pago a una isla remota del Pacífico si hacía una recatada promesa de permanecer en el destierro".

Un día me leyó, después de abrir un abollado papel, al último mensaje que compuso apenas se había despertado a la mañana, cuando "los omnipotentes vocablos que había oído en sueños aún resonaban en su cabeza". En este, había anotado un secreto que le reveló J.L., que sería el meollo de una chispeante canción que asimismo bordearía el carácter de un estatuto legal de un Estado independiente. Primero, preguntada qué pasaría si un pájaro se enloqueciera y dejara de cantar, y en la segunda parte, haciendo una ruidosa deferencia se refería a un auto lujoso transitando una somnolienta ruta (había que imaginar a esa escena con orquesta sinfónica y coro), que conformaba un paisaje que iba en declive.

Enfatizó que la órbita de ese auto se emancipaba de la cerrazón que gobierna a los sentidos. Y cerca del final, declaró algo relacionado a una justicia diferente a las monolíticas posturas de los Perros. Rezaba en la séptima y culminante estrofa: "El mundo se desplomará, pero antes subiremos y bajaremos por las inmediatas colinas".

## V

De más está decir que Perico Clasata era un solista que tocaba en el "circuito subterráneo" las canciones de los superlativos ingleses que habían surgido después de la segunda guerra mundial con la misión de allanar la vida del hombre (al que, desde siempre, el silencio había arrastrado hasta una indefectible tumba), y que estaba al tanto de que lo

querían despojar progresivamente de su papel, es más: la falta de escrúpulos con que los Perros ensanchaban sus pechos al publicitar ese nefando plan, creaba sombrías manchas en su conciencia que no le permitían estudiar debidamente los Mensajes de John.

Pero fue durante uno de sus concilios que volcó algunas descripciones luminosas, a la par que la presión para que me adhiriera a la Primera Iglesia Universal de los Beatles iba en aumento. La música de "I wanna hold your hand" estaba en su apogeo, y como no contabilizábamos las horas nuestra ubicación en el tiempo no contó con precisión (dentro de la fe de John, el tiempo se tornaba en una elección individual y cesaba de ser una imposición colectiva). Soledad movía sus curvas haciendo un reposado acompañamiento, y yo, si en verdad no respondía al orden previo, debía aceptar aquello que me era ofrecido gratuitamente, y cortar mis nexos con los Perros para lanzarme de cabeza hacia donde estos habían decidido que se centraba lo indeterminado y oculto.

Perico afirmó que yo, Oscar Sylveira, había sido elegido por John Lennon que había tomado un personal interés en mis progresos, luego de notar cómo me había desasido de la agresividad y soberbia con que el Mundo me subyugaba. Él me había situado en el medio de su insondable imperio (en ese preciso instante me hallaba frente a la magnitud benévola de su mirada). De acuerdo a la ensimismada elocuencia de Perico Clasata, J.L. recientemente había cortado las cadenas con que los Perros me mantenían atado.

Me sentí libre porque en mi mente se produjo un maravilloso embotamiento, y a mi alrededor, mis hermanos en la fe juntaron sus cabezas, pusieron caras de sabios, y me contemplaron sin los antiguos recelos. Me tocaba abrirme paso hasta el escenario y celebrar mi conversión con una sintética frase de gratitud. Y cuando lo hice, describí cuales fueron mis emociones al entrar en contacto con la música de John. Ya no me consideraba un Perro, y de ahí en adelante la línea de mi existencia sería pintada por John que estaría a mi lado durante los numerosos años de mi futuro.

"No importa la ciudad, ni el camino, ni las apiñadas muchedumbres, sólo debes llegar a la Casa en donde reivindicarás tu condición de hombre entre los hombres". Escuché a esa estrofa que J. L. había deslizado a través de la ensordecedora voz de Perico Clasata, y le añadí un mohín de anuencia. La Casa era el asilo en donde se podía llorar o reír a gusto, ya que dentro de sus muros uno conformaba al sueño que no se revertiría.

Mi espíritu se compenetró con la música, y Perico partió al pan que estaba comiendo, y me dio una mitad. Lo comí, primero en forma elegante, y luego con un éxtasis que rozaba la angurria. El Siglo había comenzado y John nos estaba observándome con su sentenciosa satisfacción; se había sentado en el suelo contra la pared, pidiendo que la fiesta empiece y

exhortándonos a repudiar, una vez más, a la impunidad del silencio.

Abrimos varias latas de cerveza, brindamos, y bebimos. El líquido color miel fluyó a lo largo de la sala, y su sabor caudaloso parecía provenir de un río mágico. Enseguida tuvimos el buen tino de arrojar algunas latas a la calle con la idea de que fueran recogidas por un pordiosero indeterminado (nuestra responsabilidad era generar ese tipo de conciliaciones entre opuestos).

Más adelante, Perico Clasata me dio la primera misión: ir hasta la casa de Valentina Fonzatti, y retirar las cartulinas de propaganda del recital que haría la próxima semana. Mi función consistía en empapelar la memoria de la gente a través de esos lustrosos carteles. Pero antes de hacer la pegatina, salí a hallar los frontispicios ideales con el objetivo de que el afiebrado rostro del músico fuera visto por las multitudes que se movían ciegas por la ciudad. Así, la imagen del sabio que hablaba con John, se entronaría en las retinas de aquellos que aún no tenían una definida conciencia de lo que iría a pasar.

Esa persona que se aislaba durante sus comunicaciones con John, me aconsejó que no fluctuara en cavilaciones y diera a conocer el mensaje de manera efectiva. Debía moverme rápido ("como una flecha"), con el sincero afán de fijar su rostro en las más vistosas esquinas de la ciudad, y de esa forma inhabilitar a los nefastos intrínquilis que apareja el desconocimiento, y evitar que la gente con desfachatada abulia clamase que nadie le había avisado.

No tardé en conseguir que los afiches del concierto se vieran tanto en los sectores humildes como en los opulentos; así las grises calles se hicieron coloridas. La imagen de Perico Clasata con su guitarra, era el argumento más poderoso a favor de John (el primero, utilizando a su fina astucia no se hacía pasar como un adversario de los Perros, sino como un sujeto retraído).

Yo mismo, hacía meteóricos llamados al nuevo orden (sin repantigarme con delicadezas) cuando tocaba al azar a los timbres de anónimos departamentos, al grito de que Perico Clasata tocaba una música que no tenía fecha a causa de que nunca se había nutrido del tiempo porque era el tiempo mismo. A mi atónito interlocutor le sugería con prepotente amabilidad, que abandonara lo que se estuviera haciendo y sacara entradas para el show.

John y la música que abonaba a los ciclos de la tierra, eran el palmario origen (y único fundamento) de la clemencia que Perico exhibía hacia quienes tarde o temprano serían alcanzados por la música. Pero si hubiera sido por su abatida voluntad no hubiera hecho nada hacia aquellos a los que se dirigía con apaciguamiento. En forma mecánica y sosteniendo en su rostro a un soñoliento estupor, enseñaba quien realmente era John.

Otra cosa que Perico me reveló, fue que los pájaros no tenían singulares aspectos, ya que los suyos se habían conformado dentro de una única geometría dictaminada por la naturaleza. Lo que era una atractiva manera de expresar que eran uno solo por no existir variedades en sus apariencias que los hicieran diferir. Eso le generaba una serie de razonamientos interesantes... ya no sentía la necesidad de suscitar en sus cálculos a diferentes imágenes de aves porque bastaba con superponerlas a una sola. Se trataba de un punto teórico relevante si uno se proponía con la aplanadora fuerza de la inteligencia llegar hasta el meollo de la cuestión.

- "Los pájaros no tienen rostro", repitió después de unos minutos de silenciosa meditación, mientras su mirada se congelaba en un cielo en donde no pasaba gran cosa. "Esos toscos pájaros nos han engañado al hacernos creer que son muchos", me dijo entre dolido y fascinado. Le resultaba escandaloso que la multiplicidad de sus vuelos nos había arrojado a hacer presunciones que, al ser contrapuestas en la simultaneidad, se demostraban erróneas. Sin dudas, John Lennon estimulaba a la mente de Perico con fastuosos acertijos.

Muchas veces, ese preocupado hombre de fe debía presentir o prever piadosamente a aquello que J.L. no le refería. Entonces efectuaba sofocantes exégesis sintiendo la presión de consignar cuáles serían sus elecciones. Asumía como su rol legislar sobre sus puntos de vista, y quería generar nuevas esperanzas dentro de la que se iba transformando en una entorpecida grey. En ciertas ocasiones introducía mensajes de John que rebosaban con misterios, pero sabía que, aunque sacara pecho, si no tuviera al auxilio de John nunca podría hacer frente a lo fluido y complejo del cosmos.

## VI

John había estado atento a las leyes del hombre, al Pensamiento, y a las filosofías orientales, desde un lugar en el que a intervalos gemía ferozmente. Y si bien sus juicios eran perspicaces, y se entendía como un meticuloso observador que catalogaba lo real que ocurría en la tierra, a veces se revolcaba en oleadas de frivolidades que propalaban polémicas. Además, percibía que los frágiles hombres daban valores nominales a sus palabras, a sus preceptos morales los descendían a chismes, y no faltaban quienes se esforzaban en contradecirlo.

Perico Clasata, que también tenía una línea directa con sus berrinches, examinaba de primera mano esa información que le enviaba, con la insobornable meta de que los hombres recibieran esenciales nociones de aquello que los Perros habían bloqueado desde tiempos inmemoriales, pese a que se iba opacando tras cada uno de esos encuentros. A menudo,

J.L. le decía que no deseaba nada, que se encontraba sosegado y reducía su misión a asociarse con lo imaginario (a diferencia de aquellos genios consentidos que tienden a la arrogancia, él caía en la simplificación). Su temor era que sus seguidores no tuvieran hacia él una predisposición honesta, puesto que no lo escoltaban fervorosamente en sus excursiones en el mundo, y contaban las cosas a medias.

John canalizaba sus dudas y padecimientos en el músico en quien tanto confiaba, y según las tensas sacudidas de sus últimos mensajes, no largó declaraciones halagadoras, por el contrario, con un aliento étlico que destilaba amarguras, se empeñó en sacar cuentas espeluznantes. No dudaba en rebajar el refinamiento de sus discursos, e incidir con palabras de contenidos procaces. Luego, jadeante, le explicaba a su amanuense que se había arriesgado demasiado.

En sus novísimas sentencias no existió conmisericordia, sino presupuestos de bestialidad y ritmos borrachos que salteaban el orden de los episodios narrativos. John adujo que como subsistía en otra dimensión como un sujeto espiritual cuyo vigor era irreductible, no necesitaba tocar el tambor, escuchar los reclamos de la gente, o dejar que lo sorprendieran con discusiones facinerosas.

Concentrando a su imagen de luz en los suelos, los techos de astillados acrílicos, y las paredes pintarrajeadas, manifestó desconfianza hacia sus incondicionales, dentro de lo que pasó a ser un incendiario artículo de su fe.

Indagó a Perico cuál era la causa de qué vinieran a verlo con las manos vacías... (se trató de una pregunta retórica: no quería oír las excusas de los de "abajo" que le perforarían los intestinos), y si algunos de sus adoradores no eran en verdad escondidos Perros. Por esas sospechas urgió al hombre a exigirnos lealtad. Le había brotado la tenebrosa convicción que nos habíamos desviado de sus enseñanzas, y debido a nuestros egoístas pareceres lo queríamos desplazar de su inviolable altar.

Los pulpos de la negligencia nos habían envuelto en sus tentáculos, y de la noche a la mañana su simpatía hacia la humanidad se tornó en algo mórbido. Las suaves modulaciones de su voz pasaron a ser campantes rugidos que echaron sobre el pobre de Clasata una infantería de imágenes que se disparaban en un sentido contrario al que habían emprendido hasta entonces.

Ante eso tan aterrador, Perico arrastraba sus pies como si caminase sobre pesados barro, y con la respiración algo taponada, gritó que el mutismo estaba ganando espacios, y penetraba sin parar en los diferentes niveles de la Iglesia. A aquello lo describió como el riesgo causado por una agraviada víbora que se abre camino en un parque lleno de gente. La única solución que quedaba, era obedecer a John, y ser fieles tanto a sus

palabras como sus pesadillas. Este, dictó a un excluyente término que se debía emprender entre los que con excelsa fruición los que tenían a su cargo la difusión del Mensaje.

J.L. le pidió al líder de su Iglesia la inmolación de uno de los prosélitos. Esto, tan simple, era indispensable para restablecer la conexión amorosa.

Bastaría el sacrificio de uno solo para redimir la Iglesia de John. Aquella persona que se ennoblecería a través de su deceso, sería alguien considerado secundario por la comunidad de creyentes... y ni siquiera él mismo supondría tener algún valor. Su muerte nos aseguraría frescas provisiones de Mensajes, los que ya habían sido codificados y John estaba dispuesto a despachar tan pronto cumpliéramos con su cabal demanda.

Quería que el que designó para presentarse al holocausto, se desprendiera tanto de su cuerpo como de las lógicas del mundo. A ese altruismo lo señaló como el adecuado método para saldar su angustia, y la irrevocable condición con la que seguiría tutelando a la Iglesia de los Beatles.

- "Uno de nosotros debe sacrificarse, y de esa forma darnos la oportunidad de demostrarle a John de que no traicionaremos a sus ideales; ese héroe en ciernes ya sabe que, a través de ese gesto, los demás seremos justificados pese a la horripilante cantidad de ofensas que hemos cometido", dijo Perico Clasata con una ferocidad que me juzgue irreversible.

El cielo desparramaba a su ventosa oscuridad sobre las ventanas cerradas, y adentro, los densos humos de cigarrillos recargaban con niebla a los aires. La expectación por ese insigne martirio era la atroz consecuencia de nuestro acatamiento a J.L., y una muestra de que nadie se oponía a aceptar que la vida y la muerte eran similares. Después de analizarlo un rato, aquello sonaba a una bagatela: con la nimia repetición de una muerte retornaría el equilibrio.

Desdichadamente, Perico puso su mira en mí.

Me llamó a un rincón para que hiciera morir a mis antiguos deseos, creyera en el plan de J.L., y me ajustara con pasividad a sus requerimientos. Preveía que la sumisión se me había enraizado debido a mi condición de creyente. Me recordó que las solicitudes de John eran imposibles de rechazar, y que, al romper con el gran tabú de la muerte, alcanzaría a ver con mayor amplitud a los crepúsculos. ¿Había algo más lógico y racional que morir con el fin de correrse de estas escabrosas periferias?

Al principio consideré aquello como una curiosa invitación, una consigna difusa, una prueba de fe más que una efectiva caída... casi diría que lo vi

como una broma. Pero conjeturé que, al hacer ese tipo de humor, una persona no se erguía con un rostro adusto o increíblemente serio como el que se manifestaba en Perico.

Me haba esforzado en estar en sintonía con John, manteniéndome firme en la idea de que él reconstruiría a mi alma, pero jamás consideré a mi muerte como al género más amplio de mis servicios. Por lo que no me contuve de hacer un fugaz comentario risueño, porque aquella pretensión seguramente era inexistente, y nadie querría que el otro se calzara los zapatos de un moribundo por carenciadas que fueran las circunstancias.

Pero no, yo había sido el escogido dentro de los acólitos de John, y se suponía que en sueños éste me había enseñado como sería la portentosa suerte por la que me transformaría en una luminiscente personalidad que no tendría que soportar más a los acechos periódicos de los Perros.

Mi cabeza bregaba por poner las cosas en su lugar, y no creí lo que Soledad me dijo acerca de los antecedentes prestigiosos de algunos santos cristianos, ni que morir porque sí en poco tiempo se pondría en boga.

Perico pretendió que alzara mis ojos al cielo, y con gloriosos espasmos rogara a John que me de fuerzas para cumplir acabadamente con mi misión. Así demostraría la magnitud de mi fe, y mi disposición a convertirme en un virtuoso que de ninguna manera se emparentaría con el enemigo más terco del hombre: el temor. Despreciaría a las miserables horas anuales para añadirme a la Eternidad. Debía tener en cuenta que, merced a esa decisión, me hermanaría con el espíritu de John, y paralelamente me convalidaría como un referente moral para la actual generación que se encuadraba dentro de las vanidosas vicisitudes de los Perros. Las satisfacciones que recibiría, serian millones de veces superiores a los pobres placebos que proporcionaban los sentidos.

Rápidamente, en la Iglesia habían corrido elogiosos rumores que inferían que estaba dispuesto a someterme a ese rito, y me los notificaron con júbilo. Suponían que estaba agradecido por haber sido seleccionado para esa epopeya, y que andaba como flotando en los aires a la espera del Trascendente Día, mientras brotaban conos lucíferos de mi interior. Sin embargo, ante esas melodramáticas exultaciones con que me auguraban un metafísico bienestar, me surgieron las típicas modalidades negativas de los Perros.

Queriendo tranquilizarme, Soledad Campos me aseguró que prácticamente no habría violencia, y que el final, ese proceso se traduciría en mi renacer. Bastaba con que me llevase un cartucho con pastillitas, que Pichón ya habría metido en una cajonera, y al volver a mi casa tome

el autobús que llevaba directo al cielo de John.

Entonces me rebelé.

- "¡Jamás aceptaré que John le ponga precio a mi cabeza; ese infeliz no se cobrará con mi muerte a su prematura desaparición!", bramé como si eso fuera una extravagancia que tenían que desactivar antes de que evolucionase hasta alcanzar un dañino nivel. También aduje que ese pedido no se correspondía con su anterior manifiesto, cuando afirmó: -

- "Estate calmo amigo, el día ha llegado en que pido por ti mandándote a mis sirvientes que nunca se han atrevido a desdecirme" ... bueno, había que reconstruir las condiciones en las que creó ese dictamen, e interpretarlo en una forma que no se apartara de lo convencional.

Al ver que no mermaba el festejo por esa horripilante petición, y que esta no se basaba en una errónea lectura del último mensaje de J.L., temí estar en un grave aprieto. Entonces grité que jamás me partiría por las sombrías utilidades de un necio fantasma, ni acudiría a su espantosa invitación a morir. Y si necesitaba una tragedia para no aburrirse, que no se fijara en mí que aún tenía una masa de años por delante en la que evitaría a toda costa al sufrimiento.

Sacudiendo mi cabeza con indignación, volví a declarar que jamás abrazaría a John Lennon a través de la más fuerte experiencia que se suma a la vida de un hombre, es decir, la muerte. Toleraría que ésta llegara bien tarde, ya que poseía la suficiente paciencia de esperarla hasta los últimos días de mi vejez. Brindando datos más claros, no asentí que se había operado en mi un estancamiento o rendición espiritual, sino que seguía siendo un Perro sumamente conservador, aunque me había sentido un poquito atraído por la música de los Beatles. Sí: ¡un Perro que nunca había sido disuadido por esa fantochada, y que retornaría al tranquilo horizonte que le ofrecía el Mundo!

Estaba demacrado y en el umbral de un ataque de nervios, pero conseguí disipar mis malentendidos con J.L. Y fui más lejos al rechazar como apócrifas a las promesas de John, y asegurar que este era un farsante que había recibido incontables favores de los Perros, puesto que se había hecho millonario. Asimismo, dije en forma un tanto descuidada pero inexorable:

- "La fiesta terminó, y es menester sacarnos las caretas. Fue una estupidez haber confiado en J.L., y mucho más considerarlo infalible. No debemos pensar más en él ni reflexionar acerca de su música; el mundo andará tras sus objetivos y nunca prestará atención a los rencores que ese tipo exhibió como vagos ideales".

Eso creó un gran revuelo. Soledad Campos me atribuyo no ser un creyente, sino un engreído sin ninguna importancia. Alguien que en un deleznable rapto de locura desaprovechó la oportunidad de conocer personalmente al mítico cantante. Había creído que teníamos "onda", y hasta en algún momento sintió cortos anhelos por mí, inunca debió permitir que ocupara ese diminuto lugar en su corazón, porque siempre fui un maldito Perro que ni siquiera había contribuido con las finanzas de la Iglesia!

Perico Clasata puntualizó que una vez más le tocaba jugar bajo circunstancias miserables, subió al escenario por el que transitaban triangulares luces, y sin hacer innecesarios exordios, me excomulgó, decretando que yo era la antítesis de John, es decir la inmundicia total, Judas el deleznable detrás del gran Hombre, aquel que escogió la avaricia sobre la obediencia. Enseguida, escribió con el dedo en el inmenso cenicero que contenía las cenizas de cientos de consumidos cigarrillos, a mi nombre completo que inmediatamente sopló y desparramó por los aires.

Y me dijo con una recóndita angustia clavada en su pecho, que John ya no me protegerá de los Perros, ni me garantizará las conciliaciones de los sueños en las noches que se desatarán tras mi perdición.

Por mi parte, consideré que ese era el final de la historia, los saludé por costumbre, y me fui con la certeza de que no existirán genuinos motivos para que regrese.

Habiendo recuperado mi usual escepticismo y un tanto aliviado, franqueé la puerta que me separaba del mundo al que había sido predestinado: el de los Perros. Y enfilé por los pavimentos callejeros con la detestable y curiosa noción de que, de mí, John se había formado una impresión errónea.

Fin (12-2-2018)